

ZELMIRA SELIGMANN

*Universidad Católica Argentina  
Santa María de los Buenos Aires*

## La templanza en Josef Pieper y Santo Tomás

En "*Las Virtudes fundamentales*"<sup>1</sup> Josef Pieper introduce el tema diciendo que hoy en día se ha perdido la conciencia de que la moral es "sobre todo y ante todo, doctrina sobre el hombre"<sup>2</sup> y que "la virtud es, como dice Santo Tomás, *ultimum potentiae*, lo máximo a que puede aspirar el hombre, o sea, la realización de las posibilidades humanas en el aspecto natural y sobrenatural"<sup>3</sup>.

### 1. La templanza y el orden interior

La templanza, es "uno de los cuatro goznes sobre los que se mueve la puerta que conduce a la Vida"<sup>4</sup> nos dice Pieper refiriéndose a que es una virtud cardinal. El significado del término *temperantia* implica "discreción ordenadora" y *temperare* es "hacer un todo armónico de una serie de componentes dispares"<sup>5</sup>. La finalidad de la templanza es poner orden en el interior del hombre, en su propio yo. Como toda virtud consiste en conformarse a las exigencias de la razón, por ser el bien propio del hombre, por eso la templanza refrena el apetito de los placeres que alejan de la regla de la razón y la ley divina<sup>6</sup>. Las consecuencias más inmediatas son: la integridad, la tranquilidad del alma, una especial belleza y la honestidad.

La templanza que es moderadora de los movimientos inferiores, se fija preferentemente en las pasiones que tienden al bien sensible, a los deseos y placeres del sentido del tacto. Es por eso que de manera excelente re-

---

<sup>1</sup> PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales* Rialp, Madrid (6ª edición) 1998.

<sup>2</sup> *Ibidem*, 11.

<sup>3</sup> *Ibidem*, 15.

<sup>4</sup> *Ibidem*, 220.

<sup>5</sup> *Ibidem*, 222.

<sup>6</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* 2-2, cuestión 141 artículo 2.

prime los vicios más degradantes<sup>7</sup>. J. Pieper pone de relieve el poder destructor de la falta de templanza, equivale -nos dice- "a la autodestrucción por degeneración egoísta de las energías destinadas a la autoconservación"<sup>8</sup>.

Profundiza este tema preguntándose: ¿porqué las mismas fuerzas que alimentan la existencia humana pueden perturbar y pervertir el orden interior hasta llegar a la destrucción de la persona moral? Y responde diciendo que no podemos explicarlo si no estamos dispuestos a admitir el *pecado original*, tal como nos lo presenta la Revelación. Y hace aquí Pieper una consideración muy interesante: "...a no ser, claro, que nos hiciésemos la ilusión de que ese desorden interior no existe"<sup>9</sup>. Sin duda este comentario tiene mucha actualidad sobre todo en el ámbito de la Psicología donde, por no aceptar los datos de la Teología, se vive la "ilusión" de que los desordenes de la personalidad, que acontecen en lo más interior del hombre, son intrascendentes o superficiales<sup>10</sup> (a pesar de estudiarse en la llamada psicología profunda) y que pueden solucionarse con medios únicamente humanos. Pieper parece ser consciente de la gravedad de este problema, y por eso cita a Santo Tomás diciendo que las fuerzas cuya disciplina corre a cargo de la templanza, "son las que más discordia siembran en el espíritu; y esto se debe a que tales fuerzas forman parte de la *esencia* del hombre"<sup>11</sup>. Es la parte más profunda e íntima del yo la que se desordena hasta la propia destrucción; las mismas fuerzas que están llamadas a conservar y perfeccionar el ser, son las que producen su efecto contrario, destruyéndolo. Pieper intenta develar el problema de esta contradicción íntima del desorden interior y busca la solución en la iluminación del Aquinate. Santo Tomás analizando la necesidad de la gracia, lo explica de la siguiente manera: "Se destruye el bien de la naturaleza porque sufre un desorden su voluntad al no someterse a Dios, y, una vez perdido el orden, toda la naturaleza del hombre pecador permanece desordenada"<sup>12</sup>. En la misma esencia natural y estructura volitiva del hombre está el amar a Dios por sobre todas las cosas. La violación de esta ley primera, tiene un gran poder destructor porque se opone al ser y a su destino natural.

Y luego Pieper se refiere directamente a los tratamientos psicoterapéuticos que llevan al fracaso cuando no tienen en cuenta el factor religioso, afirmando que sus resultados son "un aburguesamiento rodeado de te-

<sup>7</sup> 2-2, 141, 3.

<sup>8</sup> PIEPER, J., *op. cit.*, 226.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 226.

<sup>10</sup> Cabría aclarar que hubo mentes inteligentes -como por ejemplo Freud- que no ignoraron la importancia de la relación del hombre con su Creador. Por eso S. Freud fundamentó su doctrina en la actitud de *rebeldía frente a Dios*, de soberbia frente al padre, matándolo para ocupar su lugar. Sus seguidores, mucho más ingenuos, aún no han tomado conciencia de la "mentalización" para el pecado que supone el psicoanálisis.

<sup>11</sup> 2-2, 141, 2 ad 2.

<sup>12</sup> 1-2, 109, 7 corpus.

merosos cuidados y envenenado por un vacío desolador”<sup>13</sup>. La verdadera ordenación de la personalidad, la que debería realizar la psicoterapia, no puede darse sólo desde el plano humano, porque el desorden es muy profundo, como nos lo hace ver Pieper siguiendo la tradición cristiana. El orden interior implica la relación al fin último, y pretender alcanzarlo con las propias fuerzas<sup>14</sup> es algo contrario a la humildad, supone una actitud soberbia<sup>15</sup> (lo cual impide el conocimiento de la verdad del hombre y la prudencia necesaria para actuar). La verdadera solución requiere la gracia que justifica, o sea que “implica cierta rectitud de orden en la misma disposición interior del hombre, en cuanto que lo más digno del hombre se somete a Dios, y las fuerzas inferiores del alma se someten a la suprema, es decir, a la razón”<sup>16</sup>. El psicoterapeuta, si es realista, debería secundar la acción de la gracia que ordena interiormente y al fin último.

Es así que la virtud de la templanza dispone para el fin propio que es la felicidad, porque mantiene y defiende el orden dentro del sujeto.

### Excelencia de la castidad y la virginidad

Si al hombre no se lo ve integralmente, desde la verdad que lo fundamenta y en razón de su fin, no podrá comprenderse el extraordinario valor de estas virtudes, que forman parte de la templanza y la llevan a su culminación, y que son especialmente atacadas en nuestra época y -en la mayoría de las veces- desde teorías psicológicas que se adjudican la verdad científica.

La castidad que como virtud regula el instinto sexual según el orden de la razón, (y que debe darse según el estado de vida: célibe, casado o viudo) capacita y predispone para percibir correctamente la realidad. El “*ordo rationis*” significa que algo está ordenado según la verdad de lo real, y esto lo realiza la virtud de la templanza.

La castidad prepara el alma para la *contemplación* donde -nos dice Pieper- “se confunde el conocimiento límpido con la amorosa entrega”<sup>17</sup>. Y prosigue: “Mediante la contemplación el hombre se pone en comunicación con el Ser divino y se asimila la verdad pura, que es el bien supremo”<sup>18</sup>.

El Aquinate analiza también el sentido de la *castidad espiritual*, que se da cuando la mente se recrea en la unión espiritual con Dios y se priva

<sup>13</sup> PIEPER, J., citando a Przywara, *op. cit.*, 228.

<sup>14</sup> 2-2, 161, 2 ad 2.

<sup>15</sup> 2-2, 162, 1 corpus; 4 ad 2.

<sup>16</sup> 1-2, 113, 1 corpus.

<sup>17</sup> PIEPER, J., *op. cit.*, 243.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

de los placeres opuestos al orden divino y las cosas bajas, que sería una fornicación espiritual<sup>19</sup>.

La castidad siempre aumenta la energía de la mente (*virtus mentis*) que se ve debilitada y reducida por los placeres que oprimen la razón<sup>20</sup>. Al prescindir de los deleites carnales que sofocan el espíritu, la persona se vuelve más espiritual.

“La castidad tiene razón de virtud en cuanto que obra conforme al dictamen de la razón; y es fruto del Espíritu Santo, en cuanto al gozo que en dicho acto existe”<sup>21</sup>.

Con la virtud de la templanza la persona se abre a la realidad; y con esta apertura también se hace capaz de “escuchar” con más claridad el llamado a una vida más perfecta, siguiendo los *consejos evangélicos* (pobreza, castidad y obediencia, en forma absoluta y radical) mediante los cuales el hombre puede conseguir mejor y más fácilmente el fin. Dice Santo Tomás que estos consejos son útiles a todos, pero a muchos por indisposición no les conviene, por eso no sienten su afecto inclinado a ellos. No olvidemos que Cristo al proponerlos hace mención de la aptitud<sup>22</sup>.

La virginidad es virtud bella y excelente, colocada en la cumbre de la templanza, es digna de alabanza porque la persona se conserva inmune de toda experiencia de placer sexual, renunciando al mismo para toda la vida<sup>23</sup>.

Cuando J. Pieper habla de la virginidad, desarrolla paralelamente el tema del matrimonio cristiano, para resaltar la idea de que en esta virtud existe ante todo una decisión voluntaria -y la Gracia de Dios, por supuesto- que debe integrarse con la afirmación del matrimonio como bien natural y sobrenatural. Así mismo habría que añadir que aquel que elige el matrimonio, debería reconocer que hay un bien superior y más excelente.

El Angélico, sacerdote y religioso, no sólo profundiza este tema, sino que también lo trata desde la altura de alguien que lo conoce por haberlo vivido en plenitud. El orden, medida y belleza de su magnífica obra, irradian la pureza de su vida.

El fin de la virginidad, con la libertad que proporciona, no es otro que dedicarse a “la contemplación de las verdades divinas para mayor belleza y prosperidad de la humanidad”<sup>24</sup>. Y esto es laudable, luego “absolu-

<sup>19</sup> 2-2, 151, 2.

<sup>20</sup> 2-2, 151, 3 ad 2.

<sup>21</sup> 2-2, 151, 1 ad 4.

<sup>22</sup> 1-2, 108, 4 corpus; ad 1.

<sup>23</sup> 2-2, 152, 3 corpus.

<sup>24</sup> 2-2, 152, 2 corpus; ad 1.

tamente hablando, es mejor la virginidad que el matrimonio"<sup>25</sup>. Cristo eligió por Madre a una virgen, guardando El mismo la virginidad. Dice San Agustín que hay más motivos de semejanza con Cristo en aquellos que lo imitan en la integridad de la mente y del cuerpo.

Santo Tomás, en el *Comentario a San Juan* elogia la virtud de la castidad del Evangelista, que fue elegido por Dios siendo virgen y por esto privilegiado entre los discípulos. Las Sagradas Escrituras testimonian su virginidad con dos hechos: primero, nos afirma que fue amado más que los otros, predilecto en razón de su pureza, la cual induce a amar; y segundo, porque mientras el Señor pendía de la cruz, le confía su Madre a fin de que justamente fuera un virgen quien custodie la Virgen. Se lo representa con el símbolo del águila porque fue elevado más allá de la fragilidad humana, y su contemplación fue altísima y perfecta. Como aquella ave fijó su vista con los ojos agudos del alma en la luz de la Verdad inmutable y contempló con los ojos de la mente el Verbo de Dios en el seno del Padre. El Aquinate relaciona el llamado a la castidad con la invitación a las cumbres de la contemplación. Por eso concluye diciendo: "A los vírgenes en efecto, les compete ver a Dios: *Felices los puros de corazón porque verán a Dios*" (Mt 5,8)<sup>26</sup>.

Pero Santo Tomás, que siempre nos sorprende con la amplitud que le va dando al tema, lo retoma de manera especial en el tratado de los novísimos. En la bienaventuranza habrá un premio esencial que es la unión del alma con Dios merecida por la caridad, y un premio sobreañadido que es como un cierto gozo en concepto de una victoria excelente.<sup>27</sup> Entendida siempre toda la vida terrena como un combate y el premio para el que vence, nos dice la Suma Teológica que donde existe una razón especial de triunfo, debe haber también una corona especial. Habrá un premio de privilegio correspondiente a una victoria privilegiada, según tres luchas: 1) contra la carne en la virginidad, 2) contra el mundo en los mártires y 3) contra el diablo en los predicadores. La lucha de la virginidad es comparada a la de los mártires; en aquélla se obtiene una victoria especial sobre la carne, contra la cual se lucha sin cesar.

Se puede decir -en sentido amplio- que, además del gozo esencial, corresponderá este otro gozo sobreañadido para aquellos que mantuvieron incorrupta la carne aunque no tuvieran el propósito de guardar virginidad perpetua. "Porque es indudable que han de gozarse de la incorrupción de su cuerpo como los inocentes de no tener pecado, aunque carecieran de oportunidad para pecar, como les ocurre a los niños bautizados"<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> 2-2, 151, 4 ad 2.

<sup>26</sup> *Comento al Vangelo di San Giovanni*, N° 11 a 22.

<sup>27</sup> Supl., 96,1 corpus.

<sup>28</sup> Supl., 96, 5 corpus.

La perfección, dignidad y belleza de la Iglesia, consiste en el orden de la diversidad de grados, estados y miembros. Ciertamente la perfección de la virginidad se halla en aquellos que han tenido el propósito de renunciar a los placeres sexuales de por vida para consagrarse con total libertad a las cosas del Señor, y han llegado al fin habiendo cumplido esta promesa plenamente identificados con Cristo. Pero hay una graduación de estados donde se mantuvo la pureza virginal, porque Dios llama a las almas de diversas maneras y con diferentes gracias: predestinación y vocación para la hermosura de la Iglesia.

Hay, desde la mayor perfección arriba mencionada, distintos grados de virginidad: en algunos casos no pudo ser refrendada por una decisión voluntaria, quizás no hubo posibilidad de perderla por falta de oportunidad, o quizás pudiendo hacerlo no quisieron ofender a Dios y quién sabe con qué secretas luchas se mantuvo; en otros casos se habrá hecho "de la necesidad virtud" conformándose suavemente a la Voluntad de Dios. La providencia divina, omnipotente y eficaz, ha llevado con dulzura a estas almas, por caminos misteriosos, a dar respuesta a una vocación excelente. Siempre es -sin lugar a dudas- una Gracia especial en la que la persona "elegida" y amada con predilección se asemeja más a Cristo, y manifestará esta pureza virginal con gran esplendor no sólo en el alma sino también en el cuerpo.

Si tomamos la obra del Angélico en su conjunto, parecería que desea poner énfasis no tanto en el propósito personal (que ciertamente lo considera) sino en el gozo que tendrá en el cielo (y ya participado en la tierra) aquel que fue elegido, llamado y predestinado para una vida de mayor perfección. Santo Tomás elogia la virtud de la virginidad porque prevalece en él la mirada sobrenatural: los coros de vírgenes adornan y embellecen la Iglesia triunfante cantando ante el Cordero.

Podría sintetizarse el pensamiento del Aquinate con las palabras de San Pablo: "...sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman... a los que predestinó a éstos también llamó; y a los que llamó, a esos los justificó; a los que justificó, a éstos también glorificó" (Rom. 8,28-30).

Afirma Pieper que la vida consagrada a Dios en virginidad, es una de las "ideas que definen y dividen entre sí a los espíritus"<sup>29</sup> pues se alza como signo de contradicción. Y podría decirse que mucho más en nuestro tiempo en que, hasta para algunos, aparece como piedra de escándalo. Sin embargo, también en la actualidad muchos son los llamados a una vida más perfecta y a las virtudes más altas, pero son pocos los que responden porque el gran desorden interior los vuelve incapaces de ver la realidad: la propia y la ajena.

---

<sup>29</sup> PIEPER, J., *op. cit.*, 265.

El olvido y terrible "combate" que sufre hoy en día la virtud de la templanza, se evidencia en el deterioro psicológico tan característico de nuestra época. La capacidad de autodestrucción que se manifiesta en las enfermedades mentales, cada vez más expandidas, muestran el desorden profundo que sufre el hombre en su interior y la impotencia para salir de él por sus propios medios.

